

Martiología romano: En el lugar de Aljustrel, cerca de Fátima, en Portugal, San Francisco Marto, que, consumido por una enfermedad, siendo todavía niño, brilló por la suavidad de costumbres, la perseverancia en los sufrimientos y en la fe, y también por la asiduidad en la oración. († 1919)

BREVE RELATO DE SU VIDA

Francisco Marto nació el 11 de junio de 1908 y fue bautizado nueve días después. Cuando tenía ocho años comenzó a pastorear el rebaño de sus padres junto con su hermana Jacinta en la región de Cova de Iría. Allí los dos niños y su prima Lucía fueron testigos de las apariciones de la Virgen María entre mayo y octubre de 1917, quien les transmitió un mensaje de penitencia y conversión.

Tras las apariciones, Francisco continuó con sus actividades cotidianas. Lucía iba a la escuela, tal como se lo pidió la Virgen, y la acompañaban sus dos primos. De camino pasaban por la iglesia y saludaban a Jesús Eucaristía.

El niño, sabiendo que no viviría mucho tiempo y llevado por su deseo de consolar al corazón de Jesús decía: “Vayan ustedes al colegio, yo me quedaré aquí con Jesús Escondido”. Así, cuando salían del colegio, las niñas lo encontraban en una actitud de recogimiento lo más cerca posible del tabernáculo.

El pequeño Francisco era el más contemplativo de los tres y quería consolar a Dios, tan ofendido por los pecados de la humanidad. En una ocasión, Lucía le preguntó: “Francisco, ¿qué prefieres: ¿consolar al Señor o convertir a los pecadores?”, y él respondió: “Prefiero consolar al Señor”.

“¿No vieron lo triste que estaba Nuestra Señora cuando nos dijo que los hombres no deben ofender más al Señor, quien ya está tan ofendido? Me gustaría consolarlo y, después, convertir a los pecadores para que ellos no lo ofendan más”, aseguraba. “Luego estaré en el Cielo. Y cuando llegue, voy a consolar mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora”, agregaba.

El 18 de octubre de 1918, Francisco enfermó de una bronconeumonía, conocida como gripe española, que asoló Portugal y causó la muerte de miles de personas. Conforme los meses pasaban, la salud del niño se deterioró.

Según señala el Santuario de Fátima, el 2 de abril de 1919 el pastorcito se confesó y recibió la Comunión por última vez “con una gran lucidez y piedad”, como escribió el párroco de Fátima en el obituario al registrar su muerte dos días después.

“Confirmó que había visto una Señora en Cova de Iría y Valinho”, indicó el sacerdote.

El cadáver del pequeño Francisco fue sepultado en el cementerio de Fátima. Sus restos fueron exhumados el 17 de febrero de 1952 y trasladados a la Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima en marzo de ese mismo año, donde se encuentran hasta la actualidad.

(Fuente, ACI.Prensa)



PAPA FRANCISCO

(en la Homilía del 13-5-2017, en Fátima)

Queridos Peregrinos, tenemos una Madre, tenemos una Madre! Aferrándonos a ella como hijos, vivamos de la esperanza que se apoya en Jesús... Cuando Jesús subió al cielo, llevó junto al Padre celeste a la humanidad —nuestra humanidad— que había asumido en el seno de la Virgen Madre, y que nunca dejará.

Con esta esperanza, nos hemos reunido aquí para dar gracias por las innumerables bendiciones que el Cielo ha derramado en estos cien años, y que han transcurrido bajo el manto de Luz que la Virgen, desde este Portugal rico en esperanza, ha extendido hasta los cuatro ángulos de la tierra. Como un ejemplo para nosotros, tenemos ante los ojos a san Francisco Marto y a santa Jacinta, a quienes la Virgen María introdujo en el mar inmenso de la Luz de Dios, para que lo adoraran. De ahí recibían ellos la fuerza para superar las contrariedades y los sufrimientos. La presencia divina se fue haciendo cada vez más constante en sus vidas, como se manifiesta claramente en la insistente oración por los pecadores y en el deseo permanente de estar junto a «Jesús oculto» en el Sagrario.

ILUMINACIÓN BÍBLICA

Del Evangelio según San Lucas 10, 21s: *En aquella hora, se llenó de alegría en el Espíritu Santo y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar».*

Jesús actúa movido por la alegría que infunde el Espíritu Santo, que es el que dirige el camino programado por el Padre, Señor de la Historia de la salvación. En la primera sentencia da gracias (literalmente, te alabo, confieso, reconozco tus cualidades) por la forma como está discurriendo la revelación, acogida por los sencillos, sin valor social (*népioi, infantes, niños pequeños*), mientras que la gente culta e importante (*sofos, sabio*) la rechaza, hecho que podría inducir a desencanto y sensación de fracaso; pero no, Jesús lo percibe y agradece al Padre y Señor con alegría, porque esto responde a su plan libre y bondadoso. Esto es lo mejor. Se dirige a Dios como Señor, dueño suyo, de la humanidad y de todo lo existente, y como Padre, que implica una relación especial con él. (A.R. Carmona)